

2º Capítulo del Abad General M-G. Lepori OCist para el CFM – 26.08.2014

En mi carta de Cuaresma citaba un fragmento de la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* del Papa Francisco:

“Necesitamos detenernos en oración para pedirle a Él que vuelva a cautivarnos. (...) ¡Qué dulce es estar frente a un crucifijo, o de rodillas delante del Santísimo, y simplemente ser ante sus ojos! ¡Cuánto bien nos hace dejar que Él vuelva a tocar nuestra existencia y nos lance a comunicar su vida nueva! (...) Para eso urge recobrar un espíritu *contemplativo*, que nos permita redescubrir cada día que somos depositarios de un bien que humaniza, que ayuda a llevar una vida nueva. No hay nada mejor para transmitir a los demás” (§ 264).

Este “espíritu contemplativo” es al que llamo “mística”. El Papa dice que esta dimensión es un bien que “humaniza”, que “ayuda a llevar una vida nueva”. Esto es precisamente de lo que todos tenemos siempre necesidad: un corazón de experiencia cristiana que nos ayude a ser más humanos, a vivir una vida siempre nueva, que siempre se renueva en Cristo, y que renovándose renueve el mundo, humanice el mundo, comenzando por nuestras comunidades. San Pablo sintetiza esto en una frase de la segunda carta a los Corintios sobre la que volveremos: "Si alguno está en Cristo es una criatura nueva. Lo viejo ha pasado, ha comenzado lo nuevo " (2 Cor 5,17).

La mística cristiana es este ser “en Cristo” que renueva constantemente la persona y renueva todo a partir de la persona.

"¡Tú me has robado el corazón, hermana mía, esposa, tú me has robado el corazón con una sola de tus miradas!" (Ct 4,9).

Para llegar a entender de qué manera nos llama el Señor a una unidad interior en la unión de corazón con Él, es bueno que pongamos ante todo en claro la división y multiplicidad que llevamos en nosotros. Con frecuencia nos sentimos inquietos, tenemos miedo, estamos tristes e insatisfechos. Y no sabemos por qué. Es como si nos encontrásemos perdidos en la noche, y sintiésemos miles de rumores, miles de movimientos, como si un ejército escondido nos rodease, y no lo vemos. Según la Regla, cada mañana el Oficio de las Vigilias según san Benito comienza con el salmo 3. Y cada mañana estoy agradecido a San Benito por echarme en cara este cubo de agua helada que me dice de golpe dónde está el problema y la necesidad y, por lo tanto, la pregunta con la que deberemos salir de la noche y comenzar el día:

“Señor, cuántos son mis enemigos,
cuántos se levantan contra mí;
cuántos dicen de mí:
«Ya no lo protege Dios».
Pero tú, Señor, eres mi escudo y mi gloria,
tú mantienes alta mi cabeza.
Si grito invocando al Señor,
Él me escucha desde su monte santo.

Puedo acostarme y dormir y despertar:
el Señor me sostiene.
No temeré al pueblo innumerable
Que acampa a mi alrededor.
Levántate, Señor; sálvame, Dios mío:
tú golpeaste a mis enemigos en la mejilla,
rompiste los dientes de los malvados,
De ti, Señor, viene la salvación
Y la bendición sobre tu pueblo.” (Sal 3,2-9)

"Cuántos enemigos", "muchos contra mí", "muchos que me dicen que no hay salvación en Dios ", "un pueblo innumerable", "todos mis enemigos"... La tentación que nos acecha cada mañana es una multiplicidad que nos tienta a percibir la realidad diaria como enemiga, como negativa, como una insidia, una maldición. Y la mañana, en lugar de ser un nacer, un hermoso comienzo, está tentada de ser como el despertar de Adán tras el pecado, o el despertar de Caín.

Entonces, necesitamos encontrar una unidad, y el salmo 3 nos ayuda rápidamente a comprender que esta unidad es una relación, la relación con el Señor. El paso necesario para vivir es el de pasar de una multiplicidad disipada y hostil (la de los muchos enemigos de la noche) a una unidad que es la relación con el Señor: "Cuántos... Muchos... Muchos... **¡Pero tú, Señor!**". Este es el paso a vivir, a cultivar siempre. A partir de toda disipación que podemos estar tentados de vivir, o que sufrimos, y dentro de ella, desde el fondo de la misma, recuperar siempre el "¡Pero tú, Señor; ¡Tú, *Adonai!* ¡Tú *Kyrie!* ¡Tú eres mi Salvación!".

"¡Ya no lo protege Dios!", dicen los enemigos del salmista. ¡Qué terrible juicio! ¡Qué desprecio! Y, quizá, ¡cuántas veces lo pensamos de los demás! Para Él, no hay nada que hacer, no hay nada que esperar. Para él, para esta situación, para esta comunidad, no hay futuro, no hay cambio posible. Quizá fue con la cita de este versículo del salmo 3 con la que el demonio tentó a Jesús, en el desierto y, sobre todo, en Getsemaní: "Inútil esforzarte, darte, hablar, y, por añadidura, sufrir y morir en cruz. Para ellos ¡no hay salvación en Dios!".

San Benito concluye la lista de todas las buenas obras y virtudes a observar y ejercer para alcanzar la santidad con una que parece responder a esta tentación, y que, al límite, puede reparar el fallo de todas las demás 73 obras y virtudes: "*Et de Dei misericordia numquam desperare* – Y jamás desesperar de la misericordia de Dios " (RB 4,74).

Este es precisamente el impulso de esperanza que resuena en el salmo 3: " Pero tú, Señor, eres mi escudo y mi gloria, tú mantienes alta mi cabeza" (Sal 3,4).

¿Pero de qué manera puede nacer en nosotros, sin nacer de nosotros, esta esperanza indefectible en la misericordia de Dios? Porque si debiera nacer de nosotros no sería una certeza, no sería paz. En realidad ninguno puede garantizar

la propia paz sin censurar nada. La paz que censura no es una esperanza: es un retraerse en su propia cáscara, como un caracol. Lo que no quiere decir que alguien te pisotee con sus botas, o que un coche te atropelle y te reduzca a papilla informe sobre el asfalto, como un esputo.

En el último consejo de san Benito para conseguir la vida eterna, "*Et de Dei misericordia numquam desperare*", así como en los Salmos, creo que es importante darse cuenta que la esperanza en la misericordia no es tanto o solo la esperanza en una positividad final, a pesar de todo, sino que es la esperanza en una positividad original, total, eterna. Es el estribillo que da base al Salmo 135: "...¡eterna es su misericordia!". Todo puede ocurrir en la vida y en la historia, pero la última cara de las cosas, de los acontecimientos, de las vidas, es la misericordia de Dios que incluye todo en el espacio eterno de sus manos. La misericordia no es antes o después: es la naturaleza eterna del Ser, de Dios, y todo lo creado y nuestras vidas, y la historia, tienen origen, destino, sentido y consistencia dentro de esta eternidad buena, paterna.

Por esto, cada vez que decimos "Tú" a Dios, "¡Pero tú, Señor, eres mi escudo!" (Sal 3,4), parece que este "Tú" venga hacia nuestra oración, nuestra necesidad, nuestra soledad; en realidad tomamos conciencia de una presencia que nos precede, porque nos "contiene", abraza toda nuestra vida, y todo lo que se mueve en la vida. Aún en el Salmo 3: " Puedo acostarme y dormir y despertar: el Señor me sostiene." (Sal 3,6). Es la consciencia que san Pablo anunció a los Atenenses: "En él vivimos, nos movemos y existimos " (Hch 17,28).